



## RUINAS EN EL BOSQUE DE HÜRTGEN

Bob tiene esperanza de que la luz alcance para tomar buenas fotografías. Paga el hotel en efectivo y sale de Aquisgrán en un Volkswagen Jetta que arrienda por una semana a nombre de Rolando Gálvez Baeza. Sube la radio mientras maneja por la carretera 399. Intenta identificar alguna palabra del locutor, pero desconoce el idioma. Se descubre frente al retrovisor modulando solo, haciendo ruidos. La apacible carretera cruza los bosques de pinos y hayas hacia el sur, rumbo a Simmerath. El caserío se encuentra a 40 kilómetros de Aquisgrán, en el distrito de Colonia, Alemania. Tan próximo a Bélgica, que le sale a cuenta ir hasta allá para comprar cigarros más baratos.

Encuentra una habitación en una antigua casa de montaña habilitada como hospedaje en las cercanías del pueblo. La atención es familiar; lo recibe una joven, aparentemente la hija de los dueños. Al registrarse en el libro de huéspedes observa que el último pasajero que hizo ingreso salió hace dos meses.

–*Und was wollen Sie hier?* –pregunta sorprendida.

Bob no sabe qué dice. La joven insiste; suena intrusa.

–*Was haben Sie hier vor? Kann ich Ihnen behilflich sein?*

Bob se encoge de hombros y ella sonríe. La sigue por una escalera que cruje hasta su habitación, en el segundo piso.

Es difícil trazar una línea clara entre la práctica fotográfica y su trabajo. Ha viajado a países como Bulgaria, Suecia, Paraguay o el Líbano, y esta es su segunda vez en Alemania. Recientemente estuvo en Bonn cerca de un mes levantando información para su jefe, infiltrado en una agencia noticiosa. Las horas le parecen interminables cuando debe esperar sus instrucciones sin tener nada que hacer. Piensa Bob: seguramente, ahora está cerrando el trato. En un par días deben encontrarse en Einruhr y ha resuelto hacer un poco de turismo para manejar esa ansiedad que no le hace bien.

Estaciona frente a la oficina de correos y sale a recorrer el pueblo, lo que no le toma mucho tiempo. Parece el único habitante del lugar. Simmerath no tiene más que un par de calles y pronto se ve caminando por los alrededores. Las casas sobre la ribera del Rur lucen de lejos como graneros. Bob admira su formación: sólidas barracas negras de blancas ventanas, alineadas, indistintas. Ha visto rompecabezas como ese cuadro. Postales de paisajes prusianos que revisten mayor complejidad en tanto las piezas se reflejan duplicándose en el agua.

Recién cerca de Paustenbach, una pequeña aldea más al norte, divisa los primeros restos de la Segunda Guerra: una franja de dientes de dragón asoma del suelo cubierta de musgo entre los cipreses. Las trampas antitanques alemanas son más pequeñas de lo que esperaba. Busca un encuadre para realzar el obstáculo. No encuentra un buen ángulo. Se hace tarde. La luz no lo convence. El sol se esconde tras una colina y la tupida trama del bosque solo deja pasar la niebla.

Al día siguiente maneja hasta el poblado de Vossenack, en los entornos del bosque de Hürtgen. Desayuna en una cafetería junto a una estación de servicio donde además

de café negro, huevo y salchicha, pide indicaciones para llegar a un lugar mostrando un mapa que le ha dibujado la niña del hotel. Esa mañana, las cuatro calles le parecieron un acercamiento general al área, pero Vossenack era así, un caserío rural reducido en intersecciones. Al ver la servilleta, la camarera extiende su mano y apunta al frente; luego señala en el mapa la ubicación actual. Entre ademanes y asentimientos, comprende que es una distancia caminable. Al salir, le avisa que dejará el auto estacionado enfrente.

En el pueblo parece no haber hombres. Piensa Bob: son pérdidas de la guerra. A su juicio, junto con Normandía, el bosque de Hürtgen es uno de los principales campos de batalla para visitar en Europa. Su cercanía a la región belga de las Ardenas le da un doble atractivo. Le gusta pensar que por trabajo está conociendo el mundo.

El viento helado que baja de las colinas lo anima a cerrar los ojos y respirar hondo. Puede presentir la lluvia. Apura el paso y sigue calle arriba hasta encontrar la dirección que busca. Salvo un cartel en la entrada, nada indica que esa casa es un museo. Parece más un garaje donde se guardan piezas, armamento, mapas, documentos y recortes de la época. Bob golpea la puerta dos veces. Escucha a alguien acercarse, con bastón.

Abren la puerta y un anciano lo hace pasar enseguida. Es cordial; no quiere que entre el frío. Bob agradece y lo sigue respetuoso, limpiándose los zapatos antes de entrar. El hombre viste como un viejo empleado fiscal, salvo por las botas y la gorra de servicio, posesiones personales que conserva claramente con orgullo. *Woher kommen Sie?* Bob no entiende, simplemente asiente. El anciano pierde su entusiasmo y evidencia cierto desagrado. Cansado prende algunas luces del galpón y le permite libremente ver las cosas mientras intenta encender una estufa a parafina.

Bob conoce los detalles por sus clases en la Escuela Militar. Pasea mirando fotos y documentos prendidos con alfileres en paneles. En los meses que duró la Batalla de Hürtgenwald, los pueblos y el campo fueron destruidos y murieron cerca de 68 mil personas en toda la región. Fue la batalla más larga de la Segunda Guerra en territorio alemán y la derrota más grande de Estados Unidos en Europa. En septiembre de 1944, las fuerzas estadounidenses se encontraron con un cinturón de bosques que formaba parte de la línea de defensa alemana al oeste, la Westwall o Línea Sigfrido. Hürtgenwald era un refugio donde los nazis podían reagruparse y atacar. Por esa razón, los norteamericanos decidieron ocupar el bosque antes que rodearlo. Nunca pensaron en lo costoso que sería hacerlos retroceder. En el bosque de Hürtgen el apoyo aéreo era imposible y los tanques inútiles. El clima era extremadamente húmedo, llovía durante días. Fue así durante seis meses. A medida que avanzaban los días, la helada se alojaba en sus mentes, la lluvia los hundía en el barro y las nevadas, persistentes, cubrían los cuerpos de sangre.

Aunque supone que ha participado en una guerra, Bob nunca ha estado en una batalla. Salvo escaramuzas y ejercicios de entrenamiento. Ha visto escenas de guerra en películas, y fotos mejores o al menos más impactantes que las expuestas en el museo.

Tras contemplar los últimos paneles explicativos (el más reciente, de 1977: *“Mitten in der Nacht beginnt der neue Tag”*). Fotografías y cobertura en diarios locales de la primera exposición dedicada a la batalla del bosque de Hürtgen, con motivo de las jornadas culturales en Kreuzau), el anciano deja en una mesa el libro de visitas acercándole un bolígrafo. Bob lo hojea por cortesía. Siente el impulso de firmar con su verdadero nombre.

Hace un aporte en monedas que el anciano guarda en una pequeña caja con cambio, de donde saca una fotografía personal del otoño de 1944 en la que aparece junto a su joven batallón. Está en el centro de la imagen, con la misma gorra, sentado en la fila del medio, rodeado a cada flanco por dos soldados; siete lo escoltan y tres van al frente, sentados como niños en el suelo. Ninguno tiene más de 18 años y todos en la foto, salvo él, están tarjados con una pequeña cruz sobre la cabeza hecha con lápiz grafito. El anciano habrá tenido entonces unos 40. La foto está compuesta cuidadosamente. Un soldado carga una bayoneta, otro carga una escoba, otro lleva un libro, otro una pala, uno un pedazo de pan. Parece una humorada, un momento orquestado para levantar la moral. Sin embargo, miran serios. No hay forma de intuir en la mirada de ninguno lo que sucede.

El museo local es el punto de partida de una caminata de unos 10 kilómetros que recorre algunos escenarios de los combates. Desde los campos, al bajar la colina, Bob puede ver el bosque denso y oscuro que se extiende inundando los profundos valles. Encuentra numerosos vestigios de la lucha por el camino. En Simonskall, bajo una casa más bien moderna, visita un búnker de primeros auxilios que podía dar tratamiento de emergencia a aproximadamente 30 soldados heridos y cuatro auxiliares.

A medida que se angosta el camino, se siente agobiado por el follaje. Tiene un mal presentimiento. Piensa Bob: una emboscada. Se ve rodeado. Las copas de los árboles, tan cerca unos de otros, clausuran el ambiente de luz y mantienen el

suelo húmedo. Se abre paso entre las ramas, sigue un sendero. En muchas partes solo es posible andar a gatas entre los troncos. Debe haber sido muy difícil orientarse para guiar el fuego de artillería. No es raro que las unidades perdieran el rumbo o quedaran extraviadas en el bosque. Además de búnkeres, casamatas y trincheras, Hürtgenwald sigue sembrado de minas antitanques y antipersonales, estacas, cazabobos y alambres de púas. Por momentos la observación queda limitada a unos pocos metros.